

Cómo se vive la economía en la calle

# Los alimentos por las nubes ya son rutina

Solbella Pérez Rodríguez\*



Hablar de devaluación es hablar del precio de los alimentos. Esa es la principal preocupación de las personas consultadas por la revista *SIC* en Petare y en Colinas de Bello Monte. A continuación, cinco visiones distintas sobre el mismo problema económico

Cinco personas con diferentes ingresos, rutinas y aspiraciones se quejan al unísono del aumento del precio de la comida. Y más que identificar la devaluación anunciada el pasado 8 de enero como la responsable del incremento, sienten que la inflación ha sido una constante en su presupuesto en los últimos meses. Algunos de ellos, consultados por *SIC* en la comunidad San Blas de Petare y en Colinas de Bello Monte, se quejan de otros males como la falta de control gubernamental de los precios de los alimentos y el deficiente funcionamiento de Mercal.

Ramón Parra (53 años) viste una camisa blanca cuyo logo lo identifica como integrante del consejo comunal del sector Matapalo de San Blas. Junto a otras cuatro jóvenes está intentando bajar los índices de criminalidad en su zona, con la inclusión de muchachos con problemas de consumo de drogas, en empleos como albañiles o ayudantes que necesitan los programas que desarrolla el Gobierno nacional para el mejoramiento de viviendas del sector.

Aparte de su voluntariado en el consejo comunal, Ramón trabaja a destajo para una contratista de Corpoelec en Puerto Cabello, que se encarga de trasladar *containers* desde los barcos hasta tierra firme. No tiene un ingreso fijo, pero calcula que puede hacer 600 bolívares semanales, en promedio. Sus gastos corrientes son la comida, la luz, el aseo, los útiles escolares de su hijo menor y su nieta, así como los pasajes de toda la familia, conformada por su esposa y sus cinco hijos. Su primogénito, quien es mototaxista, también aporta al presupuesto familiar, cuando puede.

Consultado sobre los efectos de la devaluación en su presupuesto, este activista social asegura que ha notado un importante incremento de los productos de la cesta básica alimentaria, pero lo que más le preocupa es que no exista un control de los precios en la red Mercal. Los precios de la comida están alterados, no sé si por orden de la Gaceta (Oficial) o porque el proveedor sube los precios. Nosotros compramos a veces en el Central Madeirense o, si llega comi-

*“Una de las pastillas que yo compraba costaba 5 bolívares, ahora cuesta 36 bolívares. En Barrio Adentro no tienen la insulina que yo necesito”.*



da a Mercal, aprovechamos. Mercal, a veces, es más costoso. Como responsable de la contraloría del consejo comunal me he puesto a ver los precios de otros mercados y la comida no cuesta lo mismo. No hay un control. La misma gente que hace el despacho en Mercal eleva los costos de los alimentos. Yo creo que debería haber una lista de precios, para uno sujetar su compra al dinero que lleva”.

La única diversión que se permitía Ramón era llevar a su familia a la playa, pero eso ya no es posible. En un día de playa yo gastaba 150 bolívares y hacía un sancocho y compraba unas cervecitas. Ahora tengo que disponer de por lo menos mil bolívares. No es indispensable tomar aguardiente, no soy tomador, pero de vez en cuando a uno le provoca una cervecita en la playa y es triste gastar 80 ó 100 bolívares por una caja de cervezas, en vez de gastarlo en carne o pescado. Hay mucha gente que se dedica primero a comprar la bebida que sus alimentos.

María de Quintero (70), vecina de San Blas, también tiene críticas sobre el servicio prestado por la misión de alimentación, debido a que para acceder a los productos básicos, como la leche, la obligan a adquirir otro tipo de mercancía que ella no acostumbra a consumir. “Los *mercales* funcionan muy mal. Lo primero es que los

precios son iguales que en otros supermercados; y luego, uno tiene que comprar lo que ellos quieren. Por ejemplo, si uno no compra mortadela, no te venden el pollo, la leche o los huevos. Los productos básicos dependen de la compra de otros productos. Yo no voy a comprar comida a juro, que no necesito”.

María cuida a los hijos e hijas de las vecinas, por lo que no dispone de una remuneración regular. Su ingreso le rinde cada vez menos para cubrir los gastos de la comida para su familia, integrada por su esposo y su hija mayor, quien todavía vive con ella. “Tengo pocos ingresos, porque debido a la fuerte crisis económica que tenemos, mis hijos me ayudan en lo que pueden. Cada uno de ellos tiene su familia y su propia responsabilidad. Antes podía comprar un kilo de azúcar a 2,5 bolívares, ahora lo compro en 7 bolívares. Uno va con 300 bolívares al mercado y no compra casi nada. Yo voy a un mercado mayorista en Mesuca (Petare), ahí son más económicos algunos productos”.

Consultada sobre si ha tomado algunas provisiones para enfrentar la devaluación, ella asegura que no tiene esa posibilidad, porque todo lo gasta en comida y en ese rubro no puede tomar medidas. “No se ha cambiado la rutina de compras en la casa, porque uno no puede dejar de comer. No podemos dejar de comprar la harina pan, así la pongan a un precio elevado”.

Goemarys Padrón (55) es vecina de María y comparte su opinión acerca de los precios de la comida. Ella sufre una enfermedad crónica que le impide trabajar, por lo que depende económicamente de sus hijos. Su dolencia le exige el consumo de un medicamento diariamente y una dieta especial de vegetales, hortalizas y lácteos.

“La leche, los huevos y las hortalizas se han elevado demasiado. Pero lo que más me afecta es el costo de las medicinas, que también han subido. Una de las pastillas que yo compraba costaba 5 bolívares, ahora cuesta 36 bolívares. En Barrio Adentro no tienen la insulina que yo necesito”.

#### **LAS PRIORIDADES DE LAS VENEZOLANAS**

Al otro lado de Caracas, en Colinas de Bello Monte, Gilberto Padrón (59) trabaja de sol a sol sin receso, es decir, de 7:00 de la mañana a 7:00 de la noche. Desde hace once años atiende a veinte clientes diariamente en su peluquería. Asegura que ya ha sentido los efectos de la de-

valuación, porque la materia prima de los productos para teñir el cabello es importada y el precio sube con cada caída del valor del bolívar. Pagó un incremento de 100% en la compra de tintes que hizo a finales de enero.

La inflación ha disminuido los ingresos de la peluquería, pero Gilberto comenta que ese ramo siempre será productivo por el esmerado cuidado personal que define a las féminas. “La clientela no baja porque la mujer venezolana siempre se ha caracterizado por darle importancia a su presencia. Desgraciadamente, depende de cómo te veas, así te van a tratar. Por ejemplo, antes colocaba el tinte aquí a todas las usuarias, pero actualmente me traen el producto y solamente puedo cobrar la mano de obra. Eso le abarata el costo a la clienta y me disminuye la ganancia, pero no dejan de venir a arreglarse el cabello”.

La crisis también le afectó el costo de los insumos de su otro oficio, la repostería. “Desde hace tiempo tenemos una incertidumbre de no saber un precio fijo de los alimentos. Aunque el Gobierno diga una cosa, la realidad es otra. Uno consigue productos en los buhoneros que en la cadena de mercados están ausentes y como los necesitas, te ves obligado a comprarlos al precio que los encuentres. En diciembre, pagué el azúcar con un incremento de un cien por ciento. Como hago tortas en navidad, entonces tengo que comprar el producto al precio que lo venden. Tampoco existe un control, porque vas a un sitio y consigues un producto a un precio; vas a otro y tiene otro precio”.

Mary Cabral (39) es clienta asidua de la peluquería de Gilberto. Frente a la misma pregunta sobre los efectos de la devaluación, comenta que desde hace tiempo ha tomado varias medidas frente a la inflación, entre ellas, bajar las películas en internet para evitar ir al cine y comer en la calle.

El mayor aumento de precios lo ha visto en los víveres. “La devaluación nos ha afectado en lo que se refiere al mercado, muchísimo. Cada vez que voy al mercado gasto como 800 bolívares en verduras y lo más indispensable, sin contar la carne, el pescado y el pollo. Y si me preguntas cosas concretas, te cito por ejemplo: soy hija de europeos y uso mucho el aceite de oliva, y es uno de los productos que ha subido una barbaridad. Las verduras también subieron muchísimo. Y además, por la inseguridad, no se puede ir con efectivo al mercado. Uno toma sus

previsiones y prefiere usar la tarjeta de crédito hasta donde llegue”, comenta.

Mary lleva el departamento de fechas de vencimiento e inventario en una cadena de farmacias y su pareja es encargado de una panadería. Con los ingresos de ambos, que superan el sueldo mínimo, financian los seguros médicos de toda la familia, el colegio privado de su único hijo de cinco años y cumplen con el pago puntual del crédito de política habitacional que asumieron al comprar una vivienda propia. Su única previsión para enfrentar la crisis ha sido rendir más la comida. “No hemos modificado nuestro presupuesto. La única medida drástica que se ha tomado es en cuanto a la comida. Tratamos de comer lo necesario y comer todo lo que hay en el plato; y si queda, dejarla para el día siguiente”.

---

\* Periodista, activista de Provea.